

La vida imposible

Matt Haig

La vida
imposible

Traducido del inglés por Ana Isabel Sánchez

AdN

Título original: *The Life Impossible*

Epígrafe de *Borges on Writing* de Jorge Luis Borges. Copyright © 1973, Jorge Luis Borges, Norman Thomas di Giovanni, Daniel Halpern, Frank McShane. Usado con permiso de The Wylie Agency (UK) Limited.

Promised Land, escrita por Joseph Lorenzo Welbon (Joe Smooth)
© 1987 Picadilly Music Corp / Kassner Associated Publishers Ltd
Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Fragmento de la entrevista a Richard Feynman, «The Smartest Man in the World», en *Omni Magazine*. Incluido en *El placer de descubrir*, trad. Javier García Sanz, Crítica, Barcelona, 2004, p. 165. Reproducido con permiso de Michelle Feynman & Carl Feynman.

© Matt Haig, 2024

© de la traducción Ana Isabel Sánchez, 2024

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

Traducción adaptada para Latinoamérica

D.R. y © MMXXIV G.E.P., S.A. de C.V.
Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,
Alcaldía Azcapotzalco,
02400, Ciudad de México
Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
Registro núm. 43

ISBN: 978-607-574-539-8 (México)

ISBN: 978-84-10138-46-9 (España)

Primera edición, julio de 2024

*Esta obra no puede ser reproducida, total o parcialmente,
sin la autorización escrita del editor.*

Impreso en México — *Printed in Mexico*



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

A la isla y la gente de Ibiza

La realidad no siempre es probable ni plausible.

JORGE LUIS BORGES

When the angels from above,
Fall down and spread their wings like doves;
As we walk, hand in hand,
Sisters, brothers, we'll make it to the promised land.

JOE SMOOTH, *Promised Land*

Querida señora Winters:

Espero que no le moleste que le envíe este correo electrónico.

Puede que me recuerde. Fue mi profesora de Matemáticas en Hollybrook. Ahora tengo veintidós años y estoy en el último año de la universidad. ¡Le alegrará saber que estoy estudiando Matemáticas!

Durante las vacaciones de Semana Santa, me encontré con el señor Gupta en el pueblo, le pregunté por usted y me contó todas las novedades. Le doy mi más sentido pésame por la muerte de su marido. El señor Gupta me dijo que se mudó a España. Una de mis abuelas se regresó a Granada, aunque no había vuelto a visitar la ciudad desde los siete años, y allí encontró la felicidad. Espero que su traslado a otro país la haga igual de feliz que a ella.

Yo también pasé un duelo hace poco. Mi madre falleció hace dos años y eso me hizo perder la esperanza. No me llevo bien con mi padre y me ha resultado difícil concentrarme en los estudios. Mi hermana (puede que también se acuerde de Esther) necesita aún más apoyo ahora. Decepcioné a mi novia y rompí conmigo. Ha habido más cosas. En ocasiones me ha costado mucho seguir adelante. Tengo la sensación de que, a esta edad tan temprana, mi vida ya está escrita, de que ya se sabe todo. A veces la presión es tanta que no puedo respirar.

Estoy inmerso en un patrón, como un patrón numérico, una secuencia de Fibonacci: 0, 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, etc. Y, como en esa secuencia, las cosas se vuelven menos sorprendentes a medida que avanzo. Pero es como

si, en lugar de darte cuenta de que el número siguiente se encuentra sumando los dos anteriores, te dieras cuenta de que todo lo que tienes por delante ya está decidido. Y, cuanto mayor me hago, cuantos más números paso, más predecible se vuelve el patrón. Y no hay nada que pueda romperlo. Antes creía en Dios, pero ahora no creo en nada. Estaba enamorado, pero lo eché a perder. A veces me odio. Lo fastidio todo. Me siento culpable continuamente. Bebo demasiado y eso afecta a mis estudios, y también me siento culpable por eso, porque mi madre quería que me esforzara al máximo.

Observo lo que está sucediendo en el mundo y veo que toda nuestra especie se encamina hacia la destrucción. Es como si estuviera programada, como otro patrón. Y me harto de ser humano, de ser una cosa minúscula que no es capaz de hacer nada por el mundo. Todo me parece imposible.

No sé por qué le estoy contando esto. Sólo quería contárselo a alguien. Y usted siempre se portó muy bien conmigo. Estoy sumido en la oscuridad y necesito una luz. Perdón. Sonó muy melodramático. Lo que pasa es que tengo que darle buen ejemplo a mi hermana.

Por favor, no se sienta obligada a contestarme. Pero valoraré mucho cualquier cosa que pueda decirme. Perdona la longitud del correo.

Gracias,

Maurice (Augustine)

Querido Maurice:

Muchísimas gracias.

No tengo costumbre de contestar los correos electrónicos, aunque tampoco es que reciba muchos. De hecho, esto de internet no es para nada lo mío. No tengo redes sociales. Lo único que tengo es WhatsApp y, aun así, lo uso poquísimo. Pero, en el caso de tu mensaje, sentí que debía responder, y responder como es debido.

Siento mucho todo lo que has pasado. Recuerdo a tu madre de las reuniones de la escuela. La recuerdo como una mujer seria, pero con las comisuras de los labios curvadas en una sonrisa cuando hablaba de ti. Estaba claro que tú le alegrabas la vida. Con sólo ser tú. Y eso era un verdadero logro, sobre todo para un adolescente.

Empecé a redactarte una respuesta y no paraba de crecer, superó con creces lo que tendría que ser un correo breve.

Si te soy sincera, hacía ya bastante tiempo que tenía intención de escribir todo esto, así que tu mensaje fue el empujón perfecto.

Lo que estoy a punto de contarte es una historia que hasta a mí me cuesta creer. Por favor, no te sientas obligado a aceptar así nada más todo lo que te digo, pero quiero que sepas que aquí no hay nada inventado. Nunca he creído en la magia y sigo sin hacerlo. Sin embargo, a veces lo que parece magia no es más que una parte de la vida que todavía no entendemos.

No puedo prometer que mi relato te ayude a creer en lo imposible. Pero es la historia, tan verdadera como cualquier otra, de una persona que, cuando sentía que su existencia ya no tenía ninguna razón de ser, encontró el propósito más importante que había tenido en su vida. Por eso considero que es mi deber compartirla. Desde luego, no soy un buen ejemplo, como seguramente te quede claro al leerla. He sentido muchísima culpa a lo largo de mi vida. Y, en cierto sentido, ese es el tema de este relato. Espero que te resulte de algún valor.

Lo encontrarás en el adjunto.

Con un cordial saludo,

Grace Winters

Historia lacrimógena

Érase una vez una anciana que llevaba la vida más aburrida del universo.

La mujer apenas salía de su *bungalow* salvo para ir al médico, echar una mano en la tienda de caridad o visitar el cementerio. Ya no cuidaba el jardín. El césped estaba demasiado largo, y los macizos, llenos de malas hierbas. Pedía el súper semanal a domicilio. Vivía en las Midlands. En Lincoln. En Lincolnshire. En el mismo pueblo histórico de ladrillo naranja en el que había pasado toda su vida adulta, con la excepción de una temporada en la Universidad de Hull hacía siglos.

Ya conoces el sitio.

Y no estaba tan mal, aunque sus calles ya no eran tan acogedoras como antes. A la mujer le resultaba difícil ver la mitad de sus preciosos recuerdos ocultos bajo madera prensada y carteles medio arrancados.

Se sentaba a ver los programas diurnos de la tele, leía alguno que otro libro y hacía crucigramas y el Wordle para mantener el cerebro activo. Observaba los pájaros del jardín o contemplaba el pequeño invernadero vacío mientras oía el continuo tictac del reloj de la repisa de la chimenea. En su día, había sido una jardinera consumada, pero ya no. Sólo tenía setenta y dos años, pero, desde que su marido había fallecido hacía cuatro, poco antes que su Pomerania, Bernard, se sentía completamente sola. En realidad, se sentía sola desde hacía más de treinta años. En concreto, desde el 2 de abril de 1992. La fecha en la que su vida había perdido

todo significado y propósito y no había vuelto a encontrarlos. Pero, a lo largo de los últimos años, la soledad se había convertido en una realidad profunda y literal, y se sentía como si tuviera unos ciento treinta y dos años. No conocía a casi nadie. Sus amigos o habían muerto o se habían ido a vivir a otro sitio o se habían jubilado. Sólo tenía dos contactos en su WhatsApp: Angela, la de la British Heart Foundation, y Sophie, su cuñada, que hacía treinta y tres años que se había mudado a Perth, Australia.

En cualquier caso, de todas las tristezas del pasado, aquella fecha de un abril lejano seguía siendo la que la afectaba de una forma más profunda. La muerte de su hijo, Daniel, había sido el momento más complicado y devastador y, cuando una tragedia es así de inmensa, lleva a otras tristezas y fracasos, igual que un tronco lleva a las ramas. Pero la vida siguió adelante. Al cabo de un tiempo, la mujer y su marido, Karl, se mudaron a un *bungalow* e intentaron lidiar con la situación lo mejor que pudieron. No les salió nada bien, así que permanecieron sentados en silencio, viendo la tele o escuchando la radio. Su marido siempre había sido muy distinto a ella. Le gustaban el *rock* duro y la cerveza sin filtrar, pero en el fondo era un alma fundamentalmente serena. El problema de las tragedias es que emponzoñan todo lo que llega después. De vez en cuando, se consolaban compartiendo sus recuerdos, pero, tras la muerte de Karl, todo se hizo más difícil, puesto que los recuerdos no tenían adónde ir. Se quedaban dentro de la cabeza de la mujer, inmóviles, poniéndose cada vez más rancios. Y por eso, cada vez que se miraba en el espejo, veía sólo una vida a medias. Un árbol que iba cayendo poco a poco en un bosque invisible.

También estaba pasando apuros económicos.

Los ahorros de toda su vida ya no existían. No existían desde que un estafador con un tranquilizador acento escocés se había hecho pasar por asesor de seguridad del banco NatWest y —con la ayuda de la ingenua mujer— había robado las 23 390.27 libras que Karl y ella habían atesorado juntos. Era una larga historia, plagada de personajes maliciosos y con una vieja idiota de prota-

gonista (¡hola!); sin embargo, tienes la inmensa suerte de que esa no es la historia que se cuenta aquí.

Bueno, el caso es que esta señora que te digo se limitaba a estar ahí sentada, con las piernas adoloridas, intentando no contestar a correos electrónicos de desconocidos y dejando que su vida desmoronada avanzara a la deriva, como una bolsa de papas fritas vacía flotando en un río. Mientras ella inhalaba viejos recuerdos y sueños desvaídos, su interés sólo se avivaba un instante cuando avistaba un pinzón o un estornino en el comedero para pájaros del jardincito trasero.

Disculpas

Perdón. Me quedó un poco grandilocuente y melancólico. Lo de utilizar la tercera persona para hablar de mí. Sólo estoy «estableciendo el contexto». La historia va a ser divertida, a pesar de esta introducción. Y, como muchas cosas divertidas, comenzará con una operación mínimamente invasiva de ablación endovenosa por radiofrecuencia.

La incapacidad de sentir placer

Estaba de cabeza cuando decidí irme a Ibiza.

La camilla quirúrgica en la que yacía estaba tan inclinada hacia atrás que creía que iba a caerme. Había un espejo en la pared. Me vi el pelo gris y descuidado y la cara de agotamiento y apenas me reconocí. Mi apariencia era la de una persona marchita. Evitaba los espejos siempre que era posible.

Verás, estaban intentando revertirme el flujo sanguíneo en las piernas. Estaba más cubierta de venas azules que un trozo de gorgonzola y tenían que arreglármelas. No por estética, sino porque hacían que me picaran las pantorrillas y que me salieran llagas. Mi tía había muerto de un coágulo sanguíneo que se había liberado y alcanzado el elevado estatus de embolia pulmonar letal, así que quería que me solucionaran lo de las várices antes de que a mí también se me formara un coágulo que se diera las mismas ínfulas. Te pido disculpas si todo esto es demasiada información. Lo que pasa es que estoy decidida a ser lo más abierta posible contigo, por lo que empecé como pretendo seguir.

Sinceramente.

Así que, mientras yo escuchaba la radio, la cirujana vascular me inyectó anestesia local en múltiples puntos a lo largo de la pierna izquierda; al último pinchazo lo llamó, de manera cariñosa pero muy certera, la «picadura de abeja». Después pasamos a la parte más importante, en la que, según me dijo, me insertarían un catéter en la pantorrilla para bombardearme la vena safena magna desde adentro con 120 °C de «temperatura para sofreír una cebolla».

—En principio, tendría que sentir algo...

Y lo sentí. No fue agradable, pero fue algo. Lo cierto era que llevaba años sin sentir gran cosa. Sólo una tristeza vaga y persistente. Anhedonia. ¿Conoces esa palabra? La incapacidad de sentir placer. Una falta de sensación. Bueno, esa era yo desde hacía un tiempo. He conocido la depresión y no era lo mismo. No tenía la intensidad de la depresión. Era sólo una carencia. Me limitaba a existir. La comida sólo servía para llenarme. La música se había convertido en un mero ruido estructurado. Sólo... estaba ahí, nada más.

«En principio, tendría que sentir algo.»

A ver, esa es la forma de existencia más básica y esencial, ¿no? Sentir. Por lo tanto, vivir sin sentir, ¿qué era eso? ¿Qué diablos era eso? Estaba ahí plantada nada más. Como una mesa en un restaurante cerrado, esperando a que alguien ocupara el mobiliario.

—Piense en algo bonito...

Y, por una vez, no me costó mucho pensar en algo. En lo que más me concentré fue en una carta de un bufete de abogados que había recibido hacía menos de dos horas.

Piñas

La carta me había resultado un tanto extraña.

Me informaba que una persona llamada Christina van der Berg me había dejado una propiedad en Ibiza, España. La tal Christina van der Berg había fallecido y me había legado sus bienes terrenales. O, al menos, algunos de ellos. «Otra estafa», pensé. Verás, cuando la gente te ha robado, es difícil no ver el mundo como una guarida de ladrones. De todas maneras, aunque no me hubieran estafado, era absurdo suponer que una persona a la que no conocía para nada me hubiera dejado en herencia una casa en el Mediterráneo.

Tardé un rato en entender que no era exactamente eso lo que había ocurrido. O, por decirlo de otro modo, tardé un rato en caer en la cuenta de que Christina van der Berg no era una desconocida. No del todo. El problema fue que aquel nombre no me sonaba de nada. El elemento holandés, *van der Berg*, le añadía una especie de grandiosidad que me parecía ficticia y rara y me había desorientado. Menos mal que, por suerte, la carta del Bufete Nelson y Kemp me ofrecía más datos, entre ellos una efímera mención del nombre de soltera de la tal Christina: Papadakis.

Entonces sí me sonó de algo.

Christina Papadakis había sido, durante un brevísimo período de tiempo, profesora de Música. Habíamos trabajado juntas en el mismo centro educativo justo antes de que yo volviera con Karl. (Habíamos estado juntos en la universidad, pero él iba demasiado deprisa, así que le había pedido que nos diéramos un tiempo.)

Debo reconocer que apenas la conocía. La recuerdo como una joven preciosa y muy tímida, con cierto aire de *glamour*, una cualidad que en 1979 escaseaba más que ahora. Tenía un fleco espeso, el pelo largo y oscuro y siempre llevaba abalorios. Me recordaba a la cantante Nana Mouskuri, pero sin lentes. Su padre había emigrado desde Grecia cuando era joven, justo después de la guerra. Por lo visto, ella nunca había visitado ese país, pero a mi cerebro provinciano y de interior Christina le parecía el paradigma de la sofisticación mediterránea. La muchacha echaba de menos la comida con la que había crecido entre la comunidad griega de Londres; la primera vez en mi vida que oí pronunciar la palabra «*balloumi*» fue de su boca. Comía muchísima fruta. Por ejemplo, en la lonchera del almuerzo, se llevaba unas rodajas de piña —no trozos— cortadas con mucha elegancia, y eso siempre me impresionaba. Una vez pasé por delante de la puerta de su aula cuando estaba cantando *Rainy Days And Mondays* y vi que tenía a todos los alumnos boquiabiertos de asombro. Su voz estaba a la altura de la de Karen Carpenter (otra cantante de la era triásica). Era una de esas voces que parecen detener el aire y el tiempo por sí solas.

El caso es que, un día cercano a las vacaciones de Navidad, me quedé hasta tarde en la escuela para añadirle escarcha a un póster sobre trigonometría y, mientras andaba a la caza de más grapas, me la encontré sentada a su escritorio. Estaba allí sin hacer nada, salvo hurgarse las uñas.

—¡Ay, no hagas eso! —me entrometí, como si fuera una alumna en lugar de una compañera—. Te vas a estropear el esmalte.

Me gustaban sus uñas. Las llevaba pintadas de un tono terracota cálido. No obstante, me arrepentí enseguida de habérselo dicho, sobre todo cuando noté su mirada perdida y desenfocada. Me había faltado tacto social. Como siempre.

—Uy. Perdón —dije.

—No te disculpes, por favor —dijo, y de repente me miró para ofrecerme la más forzada de las sonrisas.

—¿Estás bien?

Fue entonces cuando empezó a desahogarse. Llevaba una semana sin acudir a la escuela, algo de lo que yo apenas me había percatado. Estaba en plena crisis. No le gustaba la Navidad. Su prometido, que ahora había desaparecido sin dejar rastro, le había pedido matrimonio el día de Nochebuena del año anterior. Como hacía relativamente poco que Christina había llegado al pueblo y no tenía familia en la zona, le dije que podía pasar el día de Navidad conmigo.

Y eso fue lo que ocurrió. Vino a mi casa y vimos el discurso de la reina, *Goldfinger* y a Blondie cantando *Sunday Girl* en un programa musical llamado *Top of the Pops*. Aquel día, Christina me dijo que quería ser cantante. Nos bebimos varias botellas de Blue Nun, que nunca fue el mejor estabilizante anímico, y me disculpé por la ausencia de piñas. Hablamos hasta bien entrada la noche.

Christina se sentía totalmente incapaz de hacer frente a las cosas, y ese es un sentimiento que conozco más ahora que entonces. No estaba llevando bien lo de ser profesora y se planteaba si no se habría equivocado de carrera. Le dije que en Hollybrook todo el mundo se sentía así. En un momento dado mencionó Ibiza. Estábamos justo a punto de iniciar una nueva década y el éxito de los paquetes vacacionales en España estaba en pleno apogeo. Se había enterado de que allí había un hotel nuevo en el que buscaban cantantes y músicos.

Me tenía intrigada. Aquella mujer me resultaba un misterio, así que seguro que le hice demasiadas preguntas. Es una característica de los profesores de Matemáticas. Siempre hay que encontrar el valor de la variable desconocida.

—Me siento como si tuviera adentro una vida que debe vivirse y que no estoy viviendo.

Puede que esas no fueran sus palabras exactas. Pero reflejan el mensaje. Y continuó:

—Sé que no tiene ningún sentido. Soy griega, no española. Hay un montón de islas griegas. Tendría que irme a una de ellas, ya que domino el idioma, más o menos. Sin embargo, no tengo ni idea de español, y estoy convencida de que es bueno conocer la lengua de un sitio si vives allí.

—Podrías aprenderlo. Deberías irte si es lo que quieres. Claro que sí.

—No tiene ningún sentido.

Y entonces dije algo muy poco típico de mí:

—No todo debe tener sentido.

La posibilidad de encontrar un trabajo allí hacía que se le iluminara la mirada, por eso le dije que se lanzara por ello si era lo que quería y que no se preocupara por lo que pensarán los demás. Estoy bastante segura de que le dije más o menos eso, porque me acuerdo de que le regalé una cadenita con un san Cristóbal, el santo patrón de los viajeros, que tenía desde que era pequeña. Yo ya había dejado de practicar el catolicismo y esa cadenita la relacionaba demasiado con mi educación, pero nunca había sido capaz de tirarla. Dársela a Christina me pareció lo más adecuado.

—Él te protegerá —le dije.

—Gracias, Grace. Gracias por ayudarme con esta decisión.

En un momento dado, se puso a cantar *Blackbird*. Al principio la cantó sola. Era un tema muy poco festivo, pero muy bonito. Cantaba con un timbre agrisado que me hizo llorar. Intentó enseñarme.

—Sólo tienes que transformarte en la canción. Estar dentro de ella. Olvidarte de que existes. De todas las de los Beatles, es la más fácil de cantar —me tranquilizó—. Bueno, después de *Yesterday*. Y de *Yellow Submarine*.

Resultó que no era una canción para nada fácil de cantar. Pero habíamos bebido el vino necesario para que nos diera igual.

Me explicó su amor por la música.

—Hace que el mundo sea más grande —dijo con los ojos brillantes, llenos de un sentimiento inspirado por el alcohol—. A veces me siento como si estuviera atrapada en una caja y, cuando toco el piano o canto, escapo de esa caja durante un rato. Para mí, la música es como una amiga que llega justo cuando la necesitas. Un poco como tú, Grace.

Después, salimos a dar un paseo. Fue uno de esos gélidos paseos navideños en los que les sonrías a todos los extraños con los

que te cruzas. Bueno, al menos eso era lo que se hacía en aquella época. Y se acabó. La verdad es que no hubo mucho más que eso. Christina volvió a la escuela durante unos cuantos meses y luego desapareció. No volvió nunca a mi casa. Charlábamos en la sala de profesores, pero parecía sentirse un poco cohibida ante mi presencia. Yo no lo entendía, no entendía cómo era posible que una persona encantadora, que rebosaba talento y que quería ser cantante se avergonzara de necesitar compañía en Navidad. Y un día, diría que el último que la vi, se acercó a mí en el estacionamiento y me dijo en voz baja, con los ojos anegados en lágrimas:

—Gracias. Ya sabes, por lo de Navidad...

Sólo eso. No puedo insistir lo suficiente en la poca importancia que le había concedido yo a mi gesto. Había sido una nimiedad. Tan sólo le había ofrecido a una persona un lugar donde pasar el día de Navidad.

Y, entonces, al cabo de varias décadas, recibo una carta inesperada que me dice que Christina murió y que me dejó en herencia su casa de España debido a «un acto de bondad de hace mucho tiempo». También me dejaba claro que podía venderla o alquilarla si mudarme allí me resultaba demasiado «irrealizable».

Fue una sorpresa, cuando menos. Una sorpresa, además, que me dejó con la sensación de que había perdido más de lo que había ganado: había perdido a una amiga que en realidad nunca había tenido, de una época que me parecía un sueño lejano. No tenía intención de trasladarme a Ibiza. Cuanto mayor te haces, más difícil te resulta romper los patrones. De hecho, no quieres que se rompan. A mí ya se me habían roto en varias ocasiones. Cuando me había jubilado. Cuando mi marido había caído muerto en su invernadero. Me había desequilibrado hasta la pérdida de nuestro perro, Bernard. Y, por supuesto, el hecho de que un camión del servicio postal hubiera arrollado a Daniel y su bicicleta.

Y, en aquellos días, mientras extrañaba con todas mis fuerzas el viejo patrón de la vida de casada que una vez me había sobrepasado, se había formado otro nuevo. Darles de comer a los pájaros todas las mañanas. Entrega del súper los lunes. Trabajo volun-

tario en la tienda de caridad de la British Heart Foundation los viernes por la mañana. Cementerio los domingos. Y culpa, dolor y vacío eternos. Sólo se producían levísimas fluctuaciones. Me había instalado en un patrón llamado Cada Vez Más Vieja y ni siquiera lo había considerado.

Pero todo eso estaba a punto de cambiar.